

cia, á mayor gloria del Señor (1). Así á éste como al P. Currius parece que el Señor les restituyó á la vida para ensalzar y glorificar al Siervo de Dios con las importantes declaraciones que como familiares suyos hicieron en el proceso ordinario de su beatificación.

No acaeció lo mismo con el joven toledano, que hacía de escribiente al Sr. Provisor, ni con el P. Juan Pladevella, que enseñaba Teología moral en el Seminario y era al mismo tiempo examinador sinodal. Falleció aquél en 21 de Septiembre, y el segundo el 4 de Octubre de 1851, con gran sentimiento y pesar de nuestro Padre, que los estimaba mucho, principalmente al último, por sus raras prendas.

Entretanto el Sr. Arzobispo continuaba sus visitas y Misiones en las parroquias hasta la semana de Pasión, que aquel año fué el 30 de Marzo; de manera que habiendo salido para dar comienzo á las Misiones del campo el 16 de Julio de 1851, fueron más de ocho meses los que estuvo en ellas ocupado, y si ahora volvió á la capital de su diócesis fué para ajustarse á las prescripciones del Concilio Tridentino, que aconseja á los Pastores de las iglesias que en los días más solemnes de entre año residan en sus respectivas iglesias Catedrales para el mayor esplendor del culto, y con ánimo además de cobrar nuevos alientos en los santos ejercicios que, como se dijo, hacía todos los años con sus familiares. Hicieron con gran solemnidad las funciones de Semana Santa, para lo cual dispuso el observante Prelado que todos los que habían de tomar parte en las funciones ensayaran de antemano las rúbricas, en lo cual dió él primero el ejemplo con grande edificación de los demás.

El 17 de Abril, terminadas las fiestas de Semana Santa y Pascua, empezó con sus familiares los ejercicios de San Ignacio, los cuales dirigió él mismo. Acabados el día 26 los ejercicios, entraron en ellos veinte ó veintiún Ordenandos, de los cuales doce recibieron de manos de S. E. las Órdenes menores y los demás la tonsura el 9 de Mayo de 1852. El día tercero de este mismo mes tuvo el consuelo de bautizar y confirmar solemnemente á un médico chino convertido por sus desvelos de la gentilidad á la Religión católica, y á quien apadri-

(1) Declaración de D. Antonio Barjau, Ad art. 93.

no el Excmo. Sr. Capitán general Manzano, representado en la ceremonia por su secretario (1).

6. El 19 de Mayo salió otra vez el santo Prelado, acompañado de tres Misioneros, del Secretario de visita y de un paje, en dirección á la ciudad de Manzanillo para reanudar la Misión y la santa visita pastoral en lo restante de su vasta diócesis. Predicaba cada día, y sin saber cómo con frecuencia se le escapaba durante la predicación el decir que dentro de poco vendrían grandes terremotos. Lo mismo le acaeció en otras poblaciones. De Manzanillo pasó á la parroquia de San Fructuoso, y de aquí á la ciudad de Bayamo, en donde dió ejercicios al clero, y lo mismo que en las otras poblaciones se ocupó el Siervo de Dios en predicar, confesar, quitar amancebamientos y administrar el sacramento de la Confirmación á cuantos era necesario. En este último punto, después de haber ejercido ya en él por varios días el sagrado ministerio, el 20 de Agosto, á las diez de la mañana, estando él en la capilla del Sacramento ó de los Dolores, sintióse un terremoto, que se repitió en los días sucesivos. Lo mismo aconteció en la ciudad de Santiago, pero con mayor vehemencia; y como el Sr. Gobernador eclesiástico, en vista de los estragos que allí hacían los terremotos y del terror y espanto de las gentes, escribiese al Sr. Arzobispo diciéndole que convenía fuese á la capital, éste, dejando la Misión de Bayamo, partió volando al punto donde más peligraban sus amadas ovejas, en donde, como después más largamente veremos, desplegó toda su actividad y celo en socorrer á los necesitados.

Durante los dos primeros años, no obstante los temblores de tierra y el cólera morbo, visitó todas las parroquias del Arzobispado, dió Misión en todas ellas por sí mismo ó por sus celosos compañeros, reuniendo á las veces dos ó tres parroquias rurales que comprendían dos ó tres leguas. Para iglesia, en caso de necesidad, servíanse de alguna casa de tabaco, que no era otra cosa que un grande cobertizo. Allí levantaban un altar y el púlpito: los confesonarios se formaban con sillas; mas para confesar á mujeres, añadían unas rejillas que á este efecto llevaban consigo. Para comprender la abnegación de aquella vida apostólica que el Siervo de Dios hacía á pesar de

(1) Carta del P. Currius al Cura párroco de Castelló, 20 de Mayo de 1852.

su dignidad episcopal, sería menester haberle visto recorrer muchas veces á pie, con gran modestia y sencillez, caminos ásperos y tortuosos, sin provisiones de ningún género, ó tan frugales que para cualquier rústico labriego servirían de penitencia. Juntóse á esto que en los dos primeros años fueron las lluvias tan frecuentes y abundantes, que hubo vez en que llovió nueve meses seguidos, sin un solo día de interrupción, con lo cual cada uno puede echar de ver los apuros en que, viajando, se verían. De estas trabajosas expediciones, emprendidas en un país tan caluroso, por la gloria del Señor, nos ha dejado escritos el mismo Siervo de Dios dos piadosos episodios que, al paso que indican la estrechez y necesidad grande en que á las veces se veían y el contento y alegría con que la llevaban por amor del Señor, parecen recordarnos los poéticos tiempos narrados por Homero ó inventados por la fecunda imaginación de los más insignes novelistas. Mas aquí la realidad supera en ternura y pintoresca sencillez á las escenas campestres más tierna y delicadamente descritas por los que apacientan su imaginación con los caprichos de su fantasía, como lo podrán ver nuestros lectores, mayormente en la segunda.

“Me acuerdo, — dice, — que el segundo año que nos hallábamos en aquellas tierras, quise ir por tierra á la ciudad de Baracoa, ya que por mar no tuve proporción. Empecé el viaje con mis compañeros, y como los lugares por donde habíamos de pasar eran solitarios y las gentes de las pocas casas que por allí había, por temor del cólera, se habían ausentado, venía con nosotros un criado que llevaba la comida. Comenzó éste á quedarse atrás porque la bestia de carga no podía caminar, y entretanto nosotros, aunque muy tarde y ya de noche, llegamos á una casa en la que no hallamos más que una galletica de soldado, pequeña y durísima, de la que hicimos cuatro pedazos, uno para cada sacerdote; y al día siguiente, en ayunas, tuvimos que emprender el peor camino que jamás he andado en mi vida. Fué necesario pasar el río llamado Jojo treinta y cinco veces, pues como corre serpenteando entre dos altas montañas y no hay otro lugar para el paso, cuando abre camino por una parte no lo abre por otra. Pasado el río, tuvimos que subir á las altas montañas llamadas *Las Cuchillas de Baracoa*, cuyo nombre les es muy adecuado, porque verdade-

ramente están como cuchillas, y porque por encima del corte ó cresta se extiende el camino. Hay trechos en él en que es menester dar señal ó aviso con el sonido de un caracol marino para que si hay dos viajeros á caballo en dirección contraria no se encuentren; de otra suerte, el caballo del uno ó del otro tendría que rodar montaña abajo, porque es tan estrecho el paso que el animal no tiene lugar para dar la vuelta atrás, y las montañas son tan altas, que desde ellas se ve el mar á uno y á otro lado de la Isla, por estar en medio de ella; y son tan largas, que el paso dura cuatro leguas. Pues por estas montañas tuvimos que subir y andar en ayunas y con gran peligro de caer. La bajada es tan pendiente que yo resbalé y caí dos veces, aunque, gracias á Dios, no me hice mucho daño.

„Al mediodía llegamos á una casa de campo, en donde pudimos comer, y por la tarde llegamos felizmente á la ciudad de Baracoa, en el punto en que al llegar á la Isla de Cuba puso los pies el descubridor Colón. Todavía se conserva la cruz que plantó á su llegada. Sesenta años hacía que esta ciudad no había sido visitada por ningún Prelado, y, por lo tanto, no se había administrado en ella desde entonces el sacramento de la Confirmación. Cuando yo llegué, ya dos de mis Misioneros habían hecho la santa Misión; no obstante, prediqué todos los días que permanecí en ella, administré á todos el sacramento de la Confirmación, la visité y pasé luego á la parroquia de Guantanamo, y de ésta á la de Mayari, preparadas con la Misión de mis compañeros, é hice en ellas lo mismo que en Baracoa.

„De Mayari fuimos á Santiago, la capital, distante de allá unas cuarenta leguas. Salimos de Mayari el lunes de Semana Santa, y como el camino es muy solitario, tuvimos que llevarnos provisión para comer, la cual consistió en un potaje de bacalao con garbanzos y patatas en una olla de barro. Después de haber andado gran trecho de camino, los viajeros dijeron que habíamos de comer. Nos detuvimos, por lo tanto; sacaron la olla, encendieron lumbre, y para resguardarse del viento se arrimaron al tronco de una gran caoba; todos fuimos por leña, mas fué luego tan intenso el calor del fuego, que se rompió la olla. Entonces nos procuramos una yagua, que es una hoja grande que se cae de las palmeras, semejante al pellejo de un carnero. Pusimos en ella el potaje, y como no te-

níamos cuchara ni tenedor, cogimos unas güisas, que son hojas de otro árbol, y con ellas tomamos nuestro rancho ó potaje. Tuvimos sed, y para calmarla cogimos otra yagua, y atada por los extremos formamos un odre, que llenamos de agua en el vecino arroyo, y así bebimos muy regaladamente: todos estábamos tan contentos y tan alegres, que era una maravilla. El día siguiente llegamos á Santiago, en donde celebré las funciones de Semana Santa, lo cual hice todos los años (1).»

Tan poca cuenta tenía de sí mismo, á pesar de su dignidad, que según dicho de los que le acompañaban en sus visitas pastorales, en donde le cogía la noche allí dormía, aunque fuese en despoblado, para lo cual colgaba á veces su hamaca (2) de dos árboles y en ella tomaba un ligero descanso. Premió el Señor la abnegación con que su Siervo le servía con varias gracias extraordinarias que le concedió en algunos de estos viajes. El P. Juan Bautista Fonte, que le acompañó en la santa visita pastoral, dice que así él como los familiares del virtuoso Prelado tenían por cosa singular y admirable el que atravesando muchas veces á caballo barrizales, de donde todos salían enlodados, sólo el Siervo de Dios salía limpio (3). El presbítero D. Juan Gallart solía contar otro caso harto gracioso que le pasó á él mismo, y en el cual, á su juicio, había algo de sobrenatural. Á causa de las distancias y de las fatigas consiguientes á un clima tan caluroso como el de Cuba, veíanse á las veces en la necesidad de ir á caballo todos los de la comitiva. Acaeció una vez que acompañando al Siervo de Dios en la visita, iba aquel buen sacerdote montado en un caballo, al parecer el más bizarro y elegante, pero tan torpe en el andar que todos los otros le dejaban muy atrás. El Sr. Gallart echaba mano del látigo y de la espuela, pero no había medio de arrancar al animal de su paso. Ya el brazo se le cansaba de darle tan fuertes y repetidos golpes, ya las espuelas habían roto la dura piel del caballo y la sangre goteaba de las frescas heridas que le abrieron, pero la bestia no se movía más ni menos, como si fuera insensible á aquella especie de

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) Hamaca es una red gruesa y clara que, asegurada por las extremidades en dos árboles, sirve de cama y columpio, y llevándola dos hombres sirve también para andar de viaje dentro de ella.

(3) Carta del P. Gallo, de la Compañía de Jesús.

martirio. Los que iban delante se cansaban de esperarle y no sabían á qué atribuir tanta indolencia. Oyendo el santo Arzobispo el murmullo de los que le acompañaban, preguntó qué era aquello. Se lo explicaron, y volviéndose él atrás fué adonde estaba el Sr. Gallart, y le dijo: "Monte Ud. en mi caballo y yo montaré en el de Ud.," Trocaron, en efecto, las cabalgaduras y, ¡cosa admirable!, apenas montó el Sr. Claret, el pesado animal aligeró el paso de tal manera que se adelantó á los demás y parecía que volaba. Los compañeros se maravillaron no poco del suceso, y más el P. Juan Gallart, que no había podido con él. Acaeció el hecho yendo de las Tunes á Canto del Embarcadero.

Otra vez, encaminándose desde Santa Cruz á Puerto Príncipe, volcó el coche en que iba el Siervo de Dios con su secretario Sr. Miura. Aquél salió del lance sin lesión alguna, pero á éste se le descompuso un pie, hinchándosele de tal manera que no podía dar un paso, y además le causaba la herida intensísimo dolor. Lleváronle entre todos á un rancho de negros: allí pidió el Siervo de Dios aguardiente de caña, y con un paño empapado en él envolvió el pie del doliente. Luego hizo sobre él la señal de la cruz, le quitó el paño, y á los cinco minutos le dijo: "Abríguese bien con la media y ande, pues está ya curado." El mismo Sr. Miura aseguró que no sentía dolor alguno y estaba sin hinchazón, como si nada le hubiese sucedido (1). Alentados el P. Claret y sus Misioneros con estos y otros favores del cielo, siguieron incansables sus tareas apostólicas recorriendo todos los pueblos del Arzobispado. En 1853 juntóse al Siervo de Dios un nuevo obrero, que fué D. Antonio Galdácano, capuchino vizcaíno, quien exclaustro por la revolución se fué á los Estados Unidos; de allí pasó de Cura párroco á Puerto Rico, y como en este punto no le probase el clima, se trasladó á Santiago, en donde ayudó á nuestro Padre en algunas Misiones y luego como profesor del Seminario de Cuba, y por último, como catedrático de Teología en el Seminario de El Escorial.

Gran consuelo experimentó el Varón de Dios con estos y otros sucesos favorables; pero fué sin comparación mayor el que sentía á vista de los felicísimos resultados que sus Misio-

(1) Declaración de D. Antonio Barjau. Ad art. 124.

nes y visitas obtenían. D. Paladio Currius declaró en el proceso para la beatificación del Siervo de Dios que antes de terminar los dos años de su permanencia en Cuba había verificado por sí ó por sus Misioneros 8.577 matrimonios de públicos amancebados, y unido á 210 que vivían divorciados. Asimismo declaró que las comuniones recibidas en las Misiones durante ese período de tiempo ascendían á la suma de 73.447, y las confirmaciones á 97.070. El ilustrísimo señor Obispo de Segorbe añade que en los dos primeros años se celebraron 9.000 matrimonios de personas que vivían públicamente amancebadas y se legitimaron 40.000 niños espúreos, á los que sus padres dieron en adelante una educación cristiana; cerca de trescientos matrimonios, que vivían escandalosamente separados, volvieron á reunirse; unas ochenta mil personas comulgaron en las comuniones generales de las Misiones, siendo unas trescientas mil las que se confesaron. En esta proporción fué creciendo el fruto en las Misiones y visitas que hizo en los años restantes. ¿Quién, pues, puede calcular el bien moral hecho á la Isla de Cuba por el Siervo de Dios en los seis años que duró el gobierno personal de su diócesis? Durante ellos "llegó á visitarla toda tres veces, como escribe su Provisor el Padre Lobo, en una extensión de ciento cincuenta leguas de longitud y por muchas partes de más de cuarenta de latitud. No hubo pueblo ni rancharía que no visitase, teniendo que atravesar páramos y sábanas dilatadísimas, siempre á caballo ó á pie y por senderos poco ó nada conocidos. Las jornadas no bajaban de veinte leguas, y ocasiones hubo en que se pasaron veinticuatro horas sin probar alimento bajo un clima abrasador como la zona tropical. En cuanto llegaba con sus Misioneros al punto á que se dirigía, daba principio á la Misión, que él mismo predicaba siempre, ayudándole los Misioneros en la explicación de la doctrina... Puede asegurarse que no quedó lugar habitado adonde no acudiera. En las visitas, concluido todo lo relativo á Misión y confirmaciones, procedía el Sr. Claret al examen riguroso y detenido de los libros parroquiales: comprobaba las fechas de los nacidos y su condición de legítimos ó naturales, para hacer cargo á los párrocos y amonestar dulcemente ó con autoridad si no eran escuchadas y atendidas sus paternales exhortaciones, tratando á todo trance de corregir el escándalo, ó con la unión conyugal de los amancebados ó

por la separación, valiéndose, en caso necesario, del auxilio del brazo secular (1)."

Aunque parece imposible que en el breve decurso de los años en que estuvo el Sr. Claret en Cuba visitase tres veces su extensa diócesis, realmente la visitó no sólo tres veces, más aún, cuatro, por lo que se refiere á las poblaciones más importantes de ella, lo cual consta por los manuscritos del Siervo de Dios y por las claras noticias de un testigo presencial y muy autorizado, cual fué el presbítero D. Paladio Currius. "Dejando aparte,— escribe,— la ciudad de Santiago de Cuba, cuyas parroquias todas visitó á lo menos cinco veces, si seis no, voy á probar que las principales partes del Arzobispado las visitó cuatro veces. En el departamento occidental, ó sea en la ciudad de Puerto Príncipe y sus cercanías, estuvo desde el 16 de Julio de 1851 hasta fines del mismo año, y como no volvió á Santiago de Cuba hasta el 30 de Marzo de 1852, creo que visitaría por la parte del Norte de la Isla los departamentos central y occidental del Arzobispado. El 19 de Mayo de 1852 salió á la visita del departamento central por la parte del Mediodía de la Isla y del Arzobispado, y no volvió á Santiago de Cuba hasta el 23 de Noviembre de 1852, excepto los días que mediaron desde el 3 hasta el 29 de Septiembre, que estuvo en Santiago por causa de los temblores. De esta manera se verifica la verdad de lo que él dice en sus *Apuntes biográficos* en el penúltimo apartado del capítulo VI. El viaje á Baracoa, que pone en dicho capítulo VI, lo comenzó el 20 de Febrero de 1853, principio del año tercero de su Arzobispado, y, por consiguiente, sería ya la segunda visita que hacía á Baracoa, departamento oriental. Aunque en estas visitas parecen dos parroquias visitadas por primera vez, sin embargo, Baracoa puede ser ya la segunda visita en que fué por tierra, y la primera había ido por el mar del Norte... El 8 de Junio de 1853 salió á la segunda visita de todas las poblaciones del Norte y del departamento occidental: en esta visita estuvo hasta el 2 de Diciembre de 1853, en que llegó á Santiago de Cuba. El 21 de Noviembre de 1854 salió conmigo para el departamento occidental, donde hizo la tercera visita, como también hizo la segunda ó tercera en Baracoa, donde estuvimos la menor par-

(1) Carta del P. Lobo, del 22 de Enero de 1881.

te del día 22. El 30 de Octubre de 1855 estaba otra vez en Puerto Príncipe, haciendo la cuarta visita, y en los meses de Julio, etc., de 1854, y en los de Marzo y Julio de 1855, había hecho las visitas por tercera y cuarta vez en las poblaciones del centro meridional del Arzobispado (1).»

(1) Carta de D. Paladio Currius del 11 de Febrero de 1859.



CAPÍTULO III

DE LAS CONTRADICCIONES QUE TUVO EN LAS VISITAS PASTORALES, Y CÓMO LAS VENCÍÓ

1. Contradicciones que sufrió de la autoridad civil.—Origen de ellas.—El capitán general D. José de la Concha.—Causa de sus desaciertos.—2. La cuestión de los esclavos.—Su triste condición.—Cómo trabajó el P. Claret por mejorarla.—Cuánto le favoreció en esta empresa el señor marqués de la Pezuela.—Los enemigos de la Religión y de la Patria ocasionan la destitución del señor Marqués.—3. Ley de Indias sobre el matrimonio entre gentes de distinto color.—Falsas interpretaciones de dicha ley apoyadas por las autoridades civiles de Cuba.—Cómo las impugnó el Siervo de Dios.—Carta á D. José de la Concha.—Respuesta de éste.—Otra carta sobre lo mismo al capitán general D. Valentín Cañedo.—Publica un extracto sobre la legislación de Indias para desvanecer los errores sobre esta materia.—Protección decidida que le dispensó el señor marqués de la Pezuela, y frutos de esta protección.—Persecuciones que se acarreó el Sr. Marqués con su noble conducta.—4. Excomulga el P. Claret á un amancebado público.—Persecución que padeció por esta causa.—Fortaleza apostólica del Siervo de Dios en este asunto, y saludable efecto de ella.—Expone con valentía al Capitán general de Cuba los abusos y la corrupción de varios empleados del Gobierno y la guerra que le hacían.—Orden del Capitán general para defender al P. Claret.—Paz inalterable del Siervo de Dios en medio de estas contradicciones.—Su completo triunfo, y conversión del excomulgado.—Cuánto contribuyó con su celo á la pública moralidad.—El Gobierno y el Papa le felicitan por ello.

1. Fué menester en el Siervo de Dios gran fortaleza para llevar á cabo tantas obras del divino servicio, tanto más cuanto que hubo de hacer frente á varias contradicciones de parte de la autoridad civil. Comenzaron ya éstas el año de 1851 en la ciudad del Cobre. El mismo Siervo de Dios las refiere en estos términos: "El demonio no podía mirar con indiferencia la multitud de almas que cada día se convertían al Señor, y además Dios había de permitir alguna tribulación para templar la natural satisfacción que teníamos todos á vista del feliz resultado que tenían todas nuestras cosas. El disgusto empezó de esta manera: Hallándome yo en aquella población,